

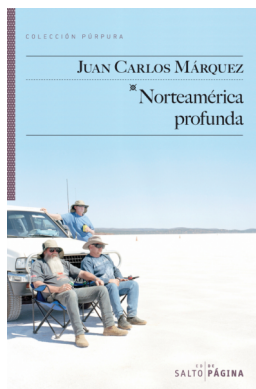
*Norteamérica profunda*

Juan Carlos Márquez

escuela de  
escritores

E D | D E  
SALTO DE PÁGINA

Ediciones *Salto de Página*



*Norteamérica profunda* propone cinco itinerarios por la geografía e historia estadounidenses. En ellos el autor ha sabido plasmar el espíritu de un país que son muchos países, y cuya cultura forma hoy parte de la nuestra. Con una prosa cuidada y un lenguaje sobrio pero lleno de

matices, Juan Carlos Márquez consigue conectar al lector con los sueños, frustraciones e inquietudes de colonos, aristócratas y nuevos ricos, expresidarios y excombatientes; protagonistas que dan un paso al frente para narrarnos sus historias: esos momentos que fueron determinantes en sus vidas. *Norteamérica profunda* es un libro que invita a rasgar el banjo en el porche o cortar cabelleras; a servirse otro dry martini mientras se dilapida una fortuna europea o levantar ciudades en medio del desierto; a lanzarse a la carretera en persecución de la aurora boreal.

## El autor: Juan Carlos Márquez (Bilbao, 1967)



Nació en Bilbao en 1967. Es licenciado en Ciencias de la Información y máster de Periodismo por el diario El Correo y ha ejercido el oficio en diversos medios, pero desde hace algunos años

se dedica en exclusiva a impartir talleres y cursos en la Escuela de Escritores de Madrid.

Son suyos los libros de relatos *Oficios* (premio Tiflos, Castalia, 2008) y *Llenad la Tierra* (Menoscuarto, 2010). Ha sido dos veces finalista del premio Setenil al mejor libro de relatos (2008 y 2009) así como de la primera edición del Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera de Duero, el más importante de su categoría en lengua española. Asimismo, sus cuentos han sido seleccionados en las dos antologías de referencia de la narrativa breve española contemporánea: *Siglo XXI* (Menoscuarto. 2010) y *Pequeñas Resistencias 5* (Páginas de Espuma. 2010). Su novela *Tangram* (Salto de Página) ha merecido los premios Sintagma 2011 y Euskadi de Literatura 2012. Con esta edición de *Norteamérica profunda* ponemos por fin en manos de los lectores un conjunto de relatos que obtuvo los premios Unión Latina (2003) y Rafael González Castell (2005).

---

## Delaware

*[...] Ahora sabemos quiénes son estos Waspinis (hombres blancos) que vinieron del mar para robarnos nuestras tierras. Con sonrisas vinieron, pero de pronto se convirtieron en serpientes [...]. Compartimos nuestro maíz con ellos, pero nunca les vendimos tierra, nunca. Les dejamos vivir con nosotros, construir casas y sembrar maíz, como nuestros amigos y aliados [...], pero qué lástima que además trajeron armas de fuego y aguardiente, que quemaron y mataron [...], y después de Mikwon (William Penn) llegaron los hijos de Dolojo Sakima (el Rey George) y dijeron que necesitaban más y más tierra [...]*

(De la *Historia Tradicional*  
de los indios Delaware)

Papá tensó las riendas y la caravana se detuvo unas yardas más allá. Los caballos relinchaban mientras se sacudían la nieve de

-----

las pezuñas. Eran relinchos leves, casi bufidos, que se contagiaban unos a otros. Estaban cansados y tenían hambre. Todos estábamos cansados, abatidos por el invierno inhóspito que parecía no tener final. Mamá tiritaba de frío bajo una manta y se frotaba el vientre con las manos. Desde que arribamos a la isla de Manhattan, mediado el otoño, no habíamos hecho otra cosa que vagar. Habíamos atravesado páramos de escarcha, bosques sombríos, desfiladeros de hielo, bordeado ciénagas bajo la bruma y ríos de aguas insolentes y cauces bulliciosos. Papá ayudó a bajar de la caravana a mamá y nos asomamos al precipicio. Al fondo, tras las cumbres nevadas, vimos un valle soleado, de un verde vigoroso, tan vivaz que hería los ojos. Un río de caudal desbocado se precipitaba ladera abajo, pero se encauzaba en la llanura, entre una empalizada de tilos y mimbreras, donde la naturaleza parecía recobrar su esplendor tras el deshielo. Papá palpó con una tenue sonrisa entre los labios el vientre de mamá y ella acarició mi pelo crespo de irlandés. Luego se echó a reír. La suya era una risa de cansancio y esperanza, contagiosa como el relinchar de los caballos.

Agua en abundancia, tierra fértil y madera. El valle tenía todo cuanto ha de precisar una familia de granjeros. Pero nosotros éramos O'Neill, picadores nacidos de picadores en las minas de Belfast. Gentes habituadas a ganarse la vida en las entrañas de la tierra, pero también a perderla con demasiada facilidad. Tal vez por eso papá hizo oídos sordos a la amenaza de los indios Delaware. Hacía apenas un año que el ejército los había confinado en una reserva, a varias semanas de camino, pero los indios son previsibles y obstinados. Tarde o temprano acaban volviendo a sus tierras, a sus raíces, al menos eso nos decían los colonos asentados en la ciudad cada de vez que íbamos a la iglesia o por víveres. Eran personas de una rude-

za esquivas, temerosas de Dios, de frentes anchas y ojos azules y despiertos, una suerte de profetas vestidos de negro llegados de Holanda o de Alemania en su mayoría. Sus advertencias fueron calando poco a poco en mamá. Se volvió nerviosa como una gallina clueca. Me regañaba por todo, porque no me separaba de sus faldas o porque me alejaba demasiado de la caravana. A menudo también se enzarzaba en discusiones con papá, como cuando se le ocurrió cavar una zanja profunda alrededor del lugar destinado a nuestra casa.

—Te repito que esto no tiene nada ver con los indios, Dorothy —le dijo papá—, pero quizá sirva para contener las crecidas del río.

Mamá sólo se mantenía serena mientras bordaba con hilo de seda nuestras iniciales en el ajuar, tarea a la que cada vez fue dedicando más horas. Su vientre estaba ya muy abultado y picudo, pero ella apenas había ganado peso. Estaba más próxima a aquella muchacha pecosa y frágil de la que papá se enamoró en una rifa benéfica, que a una mujer a punto de dar a luz. Papá achacaba al embarazo sus cambios constantes de humor: No se lo tengas en cuenta. Las mujeres se vuelven muy sensibles cuando están preñadas. Lo mismo le ocurrió contigo. Llevar una vida dentro es una gran responsabilidad. Aquellas frases se hicieron tan familiares para mí como el rumor incesante del río, el silbido del viento entre las mimbreras o los aullidos de los coyotes.

Un amanecer, a principios de la primavera, nos sobresaltó un galope de caballos. Eran hombres de la ciudad, unos veinte, los mismos hombres de frente ancha y ojos azules con los que compartíamos banco en misa, y traían en sus albardas mosquetes, hachas, hoces y mazos de madera. Tenían la intención de ayudarnos a construir nuestra casa. Los protestantes debemos ayudarnos unos a otros, dijeron. Papá insistió en

que no era necesario, que podríamos arreglárnoslas muy bien solos, pero para entonces sus hachas se precipitaban ya rabiosas sobre los tilos de la orilla del río. Una semana después nuestra casa estaba terminada. Era toda de madera, como las de la ciudad, con tejado a dos aguas, una chimenea y un cobertizo; pero sólo quedaba hueco en la fachada para cuatro ventanucos, uno en cada pared. A mamá le gustaban las casas con ventanas grandes que abarcan el horizonte, como las que tenían los ricos en Belfast, pero papá y los hombres la convencieron de que allí las ventanas, en el mejor de los casos, sólo nos servirían para disparar.

—Sé que cuesta creerlo, señora O'Neill —le dijo un tipo con las manos llenas de cicatrices al que apodaban *el francés*—, pero hace sólo unos meses éste era territorio salvaje. Fíjese bien, esos surcos en la tierra, junto al cobertizo, son las huellas de sus tipis. Están por todas partes. Los días de mucho viento el humo de sus hogueras caía sobre la ciudad como una niebla seca y se colaba bajo nuestras puertas. A veces incluso se oían retumbar sus tambores.

Mamá se encogió en su mecedora. Debió de sentirse muy pequeña, insignificante. Papá le pasó un brazo por los hombros. Esa misma noche celebramos una fiesta para agradecer la ayuda a los colonos. El reverendo bendijo nuestra casa y pronunció un sermón. Era un hombre calvo y ceñudo, con trazas de boxeador y voz gravísima de marcado acento alemán. Dijo que El Señor había tenido a bien bendecirnos con aquellas tierras que nunca merecieron los impíos. «El Señor provee y nunca abandona a su rebaño», eso es exactamente lo que dijo. Luego comimos ternera asada y pastel de frambuesa y yo bebí cuanta limonada quise, porque mamá me tenía prohibido tomar café. Hubo también un baile alrededor de una hoguera, con música de violines, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Estábamos a punto de acostarnos, cuando oímos unos relinchos que parecían provenir del río.

Papá alcanzó su mosquete y salió aprisa de la casa y yo le seguí desobedeciendo las órdenes de mamá. Apostados entre las mimbreras, en silencio, pudimos ver a aquella manada de potros salvajes que galopaba sobre el agua a contracorriente. Eran como torbellinos y sus crines tupidas se agitaban en el aire con violencia.

Al alba, mamá dio a luz a Susan. Nació larguirucha y huesuda, pero su cara, de nariz, ojos y boca casi inapreciables, era redonda y blanca como una bola de harina. Una bola de harina llena de pecas, que coronaban pelos rojizos como briznas de trigo. Una bola de harina apacible, con un apetito voraz, a la que apenas oímos llorar hasta que le brotaron los primeros dientes. El nacimiento de Susan serenó los ánimos de mamá. Volvió a ser la misma mujer hacendosa y sonriente de siempre, capaz de bordar una sábana, barrer de tierra la casa o recitar de memoria un pasaje de *La Biblia* mientras daba el pecho a la pequeña. Susan también insufló energía a papá. Nunca le había visto trabajar tan duro: rastrelló los campos bajo un sol abrasador hasta donde alcanzaba la vista; sembró forraje, trigo y maíz; y rodeó nuestras tierras de alambradas de espino más allá del río. Antes de que las primeras hojas cayeran de los árboles, había levantado un molino y una noria allí donde la corriente era más intrépida. Me gustaba tumbarme sobre la hierba a mirar cómo el círculo de las palas de madera domaba las aguas; deshacer con un palo el reflejo del sol en el río o perseguir campo a través las bandadas de aves que surcaban como flechas el cielo rumbo al sur. También ayudaba a papá cuanto podía, pero no era mucho. Mamá se empeñó en que aprendiera a leer y escribir, pero a mí me parecía aburrido, incluso en invierno. Prefería ver cómo caían los copos tras un ventanuco o avivar con sarmientos el fuego de la chimenea.

Fue por eso que me obligó a copiar algunos pasajes de *La Biblia* más de cien veces. Aún recuerdo ese que dice:

*Habitará el lobo con el cordero,  
la pantera se tumbará con el cabrito,  
el novillo y el león pacerán juntos:  
un muchacho pequeño los pastoreará.*

(Isaías. 11,6)

Los campos ya amarilleaban la mañana lluviosa en que mamá me mandó por mimbres.

—Susan ha crecido mucho, cariño —me dijo con ella en brazos—. Necesita un canasto más grande.

Estaba muy cerca de las mimbreras, cuando oí un ruido. En principio lo atribuí a la lluvia que caía sobre el río, pero volvió a sonar de nuevo con más fuerza, como una especie de gruñido. Entonces vi asomar entre las mimbres la cabeza de un lobo negro. Sus colmillos eran curvos y afilados. Era un lobo muy alto, nunca había visto uno tan alto, pero no pude verle el resto del cuerpo porque se mantuvo oculto entre las mimbreras. Sólo sé que corrí lo más deprisa que me fue posible hasta los maizales para contárselo a papá. Los lobos no atacan al hombre, murmuró, pero al atardecer salió a caballo con su mosquete.

—Salgo un rato a cazar —le dijo a mamá—. Estaré de vuelta para la cena.

Durante semanas papá salió a cazar cada tarde, pero nunca traía nada, ni un triste conejo. Con el tiempo se le fueron uniendo otros colonos. Aguardaban en nuestra casa, echando una mano de naipes o tomando café muy serios hasta que anochecía. Las noches que no había luna la partida era más



numerosa que de costumbre. A veces también venía el reverendo, pero en lugar de su biblia traía un mosquete y munición. Partían dispersos en sus caballos, al trote, sin apenas hacer ruido, y sus figuras se recortaban en la espesura gris de los tilos y acababan perdiéndose más allá del río y de las alambradas. Mamá trataba de demostrar entereza, pero en cuanto se alejaban los hombres, nos acogía a Susan y a mí en su regazo y se echaba a llorar. Era un llanto agudo y desquiciado, casi un berrido, contagioso como relinchos de caballo.

Con las primeras heladas el río se volvió una amenaza y los hombres dejaron de salir. La víspera del día de difuntos fuimos en la caravana a la ciudad. Lucía el sol, pero soplabla el viento frío del norte entre las montañas. Mamá necesitaba azúcar y cacao para hacer galletas, tela para coser un vestido a Susan y algunos lazos rosas. A mamá le gustaban mucho los lazos. Los utilizaba a menudo. Para recogerse la melena en una trenza; para fruncir el talle de las faldas; para adornar su sombrero; para atar las cortinas y las cartas que nos iban llegando de Belfast... Era domingo. La gente se arracimaba a las puertas de la iglesia mientras los hijos de los granjeros repartían tazas de té caliente. Bajamos de la caravana y caminamos apenas unos metros hasta la tienda de abastos. Mamá compró tela, lazos y víveres. También se hizo con una calabaza muy grande. Nos pusimos a decorarla nada más llegar a casa, aunque a papá aquello le parecía un desatino.

—Ésta no es forma de recordar a los muertos —gruñó ante una taza de café. Después negó varias veces con la cabeza.

Mamá sacó la pulpa con un cucharón de madera y dejó que yo vaciara los ojos, la nariz y una sonrisa quebrada con mi navaja. Los trozos sobrantes los iba dejando sobre la mesa, en el extremo opuesto al que se encontraba Susan, para que ella fuera bordeándola ansiosa con sus pasitos torpes. Luego

coloqué la calabaza en un ventanuco, sobre un cirio, y durante la cena estuve más pendiente de la luz anaranjada que del pastel de carne. Seguí mirando la calabaza mientras papá, mamá y Susan dormían, hasta que oí unos gritos y un galope de caballos que despertó a todos. Mamá y Susan se escondieron aprisa bajo la mesa y papá y yo corrimos hacia un ventanuco. Los potros que habíamos visto en el río habían saltado la zanja que cavó papá y daban vueltas al galope a nuestra casa levantando nubes de polvo; pero a la cabeza, en uno muy blanco, cabalgaba un indio armado con una lanza. Papá agarró su mosquete y apuntó al frente, pero el indio pasaba tan veloz ante el ventanuco y era tal la polvareda que no le ofrecía un buen blanco. En una de las vueltas el indio se entretuvo en levantar su lanza hacia el cielo y papá le acertó de pleno. Cayó de su montura y papá le disparó otras dos veces. Entonces los potros saltaron la zanja y se adentraron relinchando en las mimbreras. Seguimos oyendo sus relinchos durante un rato hasta que llegó el silencio, un silencio contagioso, esencialmente contagioso, que se fue expandiendo por el valle.